

## EL CUERPO COMO TRAJE DE GOCE DEL PARLETRE

“Lo real, diré, es el misterio del cuerpo que habla, es el misterio del inconsciente” J. Lacan, Seminario 20 “Aun”, pag. 158

Con la intención más o menos vana de desentrañar el misterio, me he sumergido de entrada en un cierto recorrido sobre los conceptos de cuerpo en Lacan. Veremos cuál es la salida.

El cuerpo como imaginario, es el modo de entrada de Lacan en el psicoanálisis. Podemos leerlo en su texto de 1936 “El estadio del espejo”, en donde plantea que el cuerpo fragmentado, se unifica anticipadamente en la imagen del Otro. Esta conciencia de cuerpo como totalidad, en su imagen especular, brinda al sujeto un dominio imaginario del cuerpo mediante esta ortopedia de identidad enajenante. Este cuerpo imaginario, sede del Yo, se asienta sobre una imagen libidinizada que da lugar a un cuerpo expropiado, narcisístico, en donde el goce pulsional, no procede tanto de la palabra como del Yo.

A partir del año 1957, en la época marcada por la prevalencia de lo simbólico, podemos leer en Lacan el subrayado de que: la imagen del cuerpo, desempeña un papel primordial que acaba dominándolo todo; imagen que al estar abierta a la dialéctica del significante, será todo él, el cuerpo, subsumido en la palabra. El goce se reparte entre el deseo y el fantasma, suponiendo que todo el fantasma es asimilable a un argumento significante, siendo en este momento la materialidad del significante la que dará lugar a este “cuerpo hablado”.

Con la introducción del objeto “a”; esa libra de carne separada, sacrificada, inherte, el cuerpo aparecerá como una superficie con sus zonas erógenas, con los agujeros en donde la libido con sus rodeos, encontrará la fuente para la construcción del “cuerpo libidinal”. Un cuerpo que en su presencia ausencia, dibujará un vacío libidinal creador y al mismo tiempo, en su presencia, un indicador de causa fálica. Libra de

carne sacrificada que dará lugar a esa envoltura, a ese saco que es el “cuerpo como gozante”

Enredado como me encuentro en este lugar, entre decires de otros y lo que se me impone del “objeto como nada” en su función simbólica y el objeto como plus de goce, como recorte del cuerpo, no se si un cierto andar a tientas aportaría algo de luz, algo que me permitiera un cierto claro oscuro sobre el cuerpo.

Que decir del objeto “a” como agujero y como consistencia, como dar a entender que él es la clave para recuperar un cuerpo gozante en el lugar del Otro que no existe, después de que el signo, como dice J. A. Miller en su conferencia para el Congreso de Brasil de 2016, recorte la carne y separe de ella el cuerpo.

Como decir que lo vivo, en el lugar del Otro, puede emerger como letra que libidiniza las cadenas significantes, dando color de goce, de vida, a lo que es la red extensa agujereada por lo real, que conformará un cuerpo, como un traje de goce que envolverá “la cosa”.

Como dilucidar la función de este objeto elemental que reproduce la cosa y que por otro lado está unido al Otro.

En qué y como, el cuerpo aparece en el lugar del Otro para que el significante inscriba sobre él su marca, marca con efecto simbólico en este hiato entre el cuerpo y “lalengua” que lo habita. Como aprehender el misterio de nuestro “parletre”

Lacan dice que hay que introducir el cuerpo como sexuado y que ello implica la mortalidad. Entonces, tener un cuerpo y no serlo, implica en si mismo una pérdida de vida para el cuerpo que habla.

Si la función del cuerpo, es pues ocupar el lugar del Otro que no existe, podemos recuperar el dicho de Lacan: “el cuerpo, es el cuerpo del Otro”. Se puede decir que uno encuentra su goce metaforizado a través de los objetos, en el cuerpo del Otro. Es entonces este el síntoma como origen

del hecho de que “no hay relación sexual en lo real”, el hecho de que el cuerpo sea el cuerpo del Otro.

Podemos retomar la idea de la libido como laminilla, como epidermis pulsional para entender que: si bien no hay cuerpo que no sea de goce, el cuerpo está dividido entre su goce propio y su goce fálico como cuerpo sexuado, en tanto esta laminilla actúa como un órgano que crea el goce fálico fuera de la imagen antropomórfica del cuerpo. Esto nos llevaría a plantearnos, aunque no me perderé por ese camino, como el cuerpo puede integrar en si mismo objetos que vengan como productos de la civilización; lo digo, después de escuchar una noticia sobre un adolescente adicto al móvil, que al retirárselo y prohibirle su huso, decía que su sensación era que le habían amputado una parte de su cuerpo.

Llegados aquí, podemos extraer una visión de la castración más acorde a nuestra clínica orientada por lo real: “La castración es la escisión del cuerpo entre su goce propio y su goce fálico”.

En la denominada “últimísima enseñanza”, Lacan plantea el goce como “gocce de lo Uno”, separado del Otro; el cuerpo como asexuado con su goce, separado de ese Otro que será el lugar donde el parletre construirá su cuerpo como sexuado, cuerpo como envoltura del goce del Uno, cuerpo como envoltura y con un goce propio, el fálico, siempre agujereado e imposible, cuerpo que ya no se es si no que se tiene. Se tiene para perderlo y que como dice Lacan, se reproduce a través de un malentendido de su goce, de el del Uno.

Este cuerpo que el parletre imagina que tiene, construido por el signo que recorta la carne en la juntura del cuerpo con la lengua, introduce la dimensión del tiempo, fuera de la eternidad del cuerpo asexuado con su goce del Uno, cuerpo pues sexuado que se tiene para perderlo. Es en este cuerpo y sus acontecimientos, que podrá leerse la carta de una vida. Carta como cartografía; cartografía de los enredos con lo simbólico y los acontecimientos de goce; único saber hacer que podemos esperar. Saber desenredarse en el trabajo de aprehender como cada uno se embrolló en el muro del lenguaje y en las marcas de goce de la lengua.

Cada uno escriba de su sinthome, como dice Araceli fuentes; con nuestras herramientas, la del lenguaje como elucubración de saber sobre la lengua y el inconsciente como elucubración de saber sobre el parletre.

Cuerpo hablante escindido entre sus goces y con los operadores que permiten hacer con la tela de la substancia gozante, un traje, traje que nunca va a ser a medida en tanto se corta y se cose en la oscuridad, a palpo y a golpes de ese cuerpo que mantiene anudados el sinthome y el inconsciente. Cuerpo que anuda, que hace nudo y puede perderse.

Ricardo Rubio

Febrero 2016